

Remedios Zafra

# Frágiles

Cartas sobre la ansiedad y la esperanza  
en la nueva cultura



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Ilustración:* © Bruno Pontiroli

*Primera edición:* abril 2021

Diseño de la colección: lookatcia.com

© Remedios Zafra, 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2021

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6169-4

Depósito Legal: B. 3772-2021

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Sé que tras mi sonrisa congelada pocos advertirán esta ansiedad esclerotizada cuando me duele aquí, aquí y aquí, pero cada despertar me paseo por el alambre buscando una excusa que me haga caer y me obligue a frenar, porque yo no puedo.

LAURA BEY,

*Mi vida en la primera IP*

Los nuevos lenguajes afectivos de la economía global contemporánea (...) son lenguajes de la ansiedad, la contingencia y la precariedad, ocupando el espacio que el sacrificio, la movilidad ascendente y la meritocracia usaban. ¿Qué le sucede al optimismo cuando el futuro se astilla como un accesorio pasando por la vida? ¿Qué sucede cuando una mayor ambivalencia sobre la seguridad (...) se encuentra con un destacamento más nuevo de ella (todo es contingente)? ¿Cómo se entiende esta emergencia como una crisis objetiva y percibida?

LAUREN BERLANT,

*El optimismo cruel*

La esperanza, situada sobre el miedo, no es pasiva como este, ni, menos aún, está encerrada en un anadamiento (...). No soporta una vida de perro, que solo se siente pasivamente arrojada en el ente, en un ente incomprendido, o incluso lastimosamente reconocido. El trabajo contra la angustia vital y los manejos del miedo es un trabajo contra quienes los causan, en su mayoría muy identificables, y busca en el mundo mismo lo que sirve de ayuda al mundo: algo que es susceptible de ser encontrado.

ERNST BLOCH,  
*El principio esperanza*

# I. Primeras cartas (sobre la lentitud de una respuesta)

Lo que hoy le escribo no es una respuesta a su carta, quizá la respuesta sea la carta que escriba mañana, tal vez lo sea la de pasado mañana. Mi forma de corresponder no es, desde luego, chiflada en sí misma, sino exactamente tan chiflada como mi actual forma de vivir, la cual puede que le describa alguna vez.

FRANZ KAFKA, *Cartas a Felice*

EL MALESTAR (AMAR –ACEPTAR, SUFRIR, DISFRUTAR,  
ESPERAR, SER– UN TRABAJO)

¿Qué me sujeta a este *hacer* que amo?, ¿qué me sujeta a este *hacer* que se proyecta ampliado en mi búsqueda de una vida mejorada?, ¿por qué lo que llamo trabajo explotó en obligaciones dispersas que sepultan y reducen el sentido que me motiva a un brote ínfimo entre burocracias, bases de datos y hojarasca? Me vienen a la mente palabras que parecen responder a otra pregunta: basura, baba, amor, pastilla, mentiroso... O quizá tengan aquí su lugar, porque toda proyección de futuro, personal o colectiva, movida por una aspiración vital hacia *lo bueno* o la vida mejorada siempre está atada por el lazo corto del sustento, la vulnerabilidad de los cuerpos, los hijos o los viejos padres enfermos, un techo y un trabajo. También las aspiraciones intelectuales y abstractas terminan por descubrirse sujetadas a la tierra en la salud y en la baba, en la basura y en la máscara, en el hambre y el amor.

Las personas soñamos con un tiempo liberador, en el que el trabajo, si lo hay, no implique explotación ni se apropie de la totalidad de la vida. Las personas también deseamos que nos quieran. A veces incluso amamos nuestros trabajos.

La vida transcurre entre roces y agravos que buscan sostenerla, ganar afectos, resolver conflictos, pero últimamente muchos pasan la vida transcurriendo agotados y ansiosos, en riesgo de estar sobremedicados, descansando solo para volver a trabajar, afrontándola como una carrera marcada por los plazos, las pantallas y los números.

La escritura de este libro, que es también una carta, o un conjunto de cartas, está motivada por una voz anónima de estas últimas, alguien con quien compartí una charla telefónica cuyas reflexiones continuaron posteriormente con otras personas y en estas páginas. Era una mujer *damnificada*, escritora. Trabajaba en condiciones precarias como periodista y ese trabajo fue nuestro vínculo. No llegué a verla. Me llamó para hacerme unas preguntas sobre mi ensayo *El entusiasmo*. La noté algo molesta desde el inicio de nuestra charla y al final estalló reclamando mi responsabilidad después de haber descrito una *vida-trabajo* que se parecía a la suya, una vida que, mirada desde las similitudes narradas, le parecía conflictiva y menos vivible.

Entre lo dicho y lo que la voz delata deduje que había también una apelación respecto a un estado de ansiedad que la mujer estaba empezando a convertir en su casa, al que estaba habituándose, y que aún cargado de taras le permitía la familiaridad y referencia de *lo acostumbrado*. Los marcos que habitamos son en gran medida los que vamos encontrando y nos acogen mientras buscamos otros. Solo hace falta apropiarlos con un «mi» y tal vez poner unas macetas de geranios en la entrada. Mantener viva la sensación de temporalidad y «hasta que encuentre algo mejor» nos va valiendo para esa relación compleja y de falsa provisionalidad cuando, desencantados, vida y trabajo se funden, pero paradójicamente no encajan.

¿Cómo no iba a sentirme interpelada por la quiebra de su tranquila infelicidad? La mujer me reclamaba con esa tonalidad que nace del estómago, debatiéndose entre contenerse y

derramarse. Pero estaba ya desvestida de pose, su desahogo vino dado. Y si su impulsivo tono, que me pareció tiernamente apasionado para un mundo donde predomina el fingidor, me causó herida, fue porque enfrentando lo dicho como sensación y no como argumento, se me hizo comúnmente familiar por percibirlo en otras personas cercanas y a ratos en mí misma. Su dolor nacía de una vida no ya de *desempleada*, sino de precaria actividad *incesante*, que en lo importante (para ella su pasión y su futuro emancipado, pero también su vida política) sentía neutralizada. Por ello, la mujer me reprochaba haberla incomodado sin ofrecerle a cambio una alternativa concreta y tranquilizadora. Y yo pensaba: ¿no es acaso *ese* el malestar necesario del que deriva toda toma de conciencia?

Aun cuando cupiese poner reparos a su enfado, en sus palabras dibujaba la base contradictoria de una incomodidad que se hace habitual en nuestros días. Ese trabajo que ella amaba y le nació de una pasión creativa la hacía feliz e infeliz al mismo tiempo. Una mujer formada, para muchos una *privilegiada* con acceso a trabajos temporales sin razones para sentirse angustiada. Como si el ritmo de sus prácticas cubriera una inestabilidad en riesgo de cronificarse, escondiendo la alta expectativa derivada del sacrificio, la motivación y la formación previas. Pero, también, junto al aparente privilegio de llevar a gala su vocación como escritora, estaba el correlato de su instrumentalización y suficiencia. Quiero decir que, puesto que disfrutaba (o había disfrutado) escribiendo, muchos interpretaban que en su ejercicio visibilizado ya iba la ganancia, y en el acaparamiento de su tiempo la contrapartida de una pasión, como tal, voluntaria.

Tal razón era usada para hacerla responsable de una suerte de *autoexplotación* por la que respondía dócilmente a todo lo que le llegaba («sí, acepto, por supuesto»). Suponiendo que la *levedad* de una nueva colaboración no le haría mal. ¿Cómo negarse si en ella quizá se escondía la semilla de nuevos con-



tactos o proyectos hacia un futuro trabajo mejor y más estable, un trabajo que le permitiera recuperar el control sobre su tiempo propio mientras, paradójicamente, lo iba perdiendo? Además, ¿cómo negarse si quien la invita es casi siempre un trabajador precario tan sumamente parecido a ella?

Es fácil pasar por alto que el trabajo creativo no es como el trabajo de venta de frutas o de reparación de neumáticos. Cuando se escribe o se diseña, cuando se canta o se piensa, nosotros vamos adjuntos, y la crítica que todos creen poder hacer sobre nuestra obra se cierne implacable como la mayor causa de daño para quien crea. Nada hace sentir más frágil a un trabajador creativo que exponerse en su trabajo y hacerlo, como hoy, en escaparates tecnológicos sin párpados, esos que nunca descansan. *A priori*, no extraña entonces que esas vidas-trabajo sostenidas en la sobreexposición estallen en una ansiedad normalizada.

Claro que entendí su enojo entre las cenizas de ilusiones quemadas, el resquemor de su demanda. Pero en la intemperie de la incertidumbre yo no podía falsear la complejidad del asunto engañándola con tranquilizadores mensajes sobre un bello futuro, ni tampoco pasar de largo por lo que me reclamaba, pues esta mujer tenía toda la razón en algo. Cuando se empuja el telón para dejar ver el bucle del carrusel como aparente callejón sin salida, una necesita un agarre, una grieta para que pase la luz. Por ella me preguntaba con insistencia: «¿Dónde queda la esperanza?, ¿dónde queda la esperanza?»

En nuestra conversación telefónica la pregunta no fue resuelta y se disolvió entre ideas torpes que la merodeaban sin afrontarla de veras. Comencé a pensarla entonces y, después de más de tres años, este ensayo es algo parecido a una contestación. Comprenda, lector, que a partir de ahora habléndole a usted le hable a ella.

Querida amiga:

En primer lugar, le pido disculpas porque esta contestación narrada haya tardado tanto tiempo en llegarle. Pero también le diré que desconfío de quien tiene las respuestas a punta de lengua, que me agota el efectismo sin interioridad. A ello habría de sumar que, en lo posible y con gran esfuerzo entre las mil cosas que salpican nuestros días, he decidido aquí practicar la lentitud como herramienta. Me parece imprescindible para la escritura que se diga pensativa, porque hay asuntos que no pueden ser despachados en el momento y requieren la pausa de reflexionarlos despacio, de volver sobre ellos desde abajo y desde los lados, con otros ojos, cuando están casi dormidos o pueden ser espiados sin la presión de un plazo de entrega. En segundo lugar, no evado la responsabilidad de que lo dicho tiene sus repercusiones. Y dado que usted me participa las cuestiones que tanto le perturbaron en *El entusiasmo*, me siento obligada a profundizar en ellas. No le importará que en el intento aprovechemos para dialogar con quienes en este tiempo han convertido mi buzón de correo en una cálida mesa con enaguas y estufa, dejándome sobre ella sus experiencias, preocupaciones e historias laborales y privadas como si de pronto, descubriéndose en una multitud de entusiastas que callaban sobre lo íntimo, necesitaran autonarrarse y hacerlo circular. Igual que usted acepta ser mi interlocutora para pensarnos en la escritura, yo lo he aceptado con ellos. Creo que hay luz política en lo que busca compartir conciencia. Y, en cierta manera, pienso que en la capacidad de contagio de esas historias nace *su*, llamémosla *nuestra*, esperanza.

No olvide, sin embargo, que la esperanza canta hermosamente pero también perturbadoramente. Supondrá por ello, y queda advertida, la posibilidad de que lo escrito aquí le inquie-

te aún más. Aunque le ruego que no abandone sin darnos una oportunidad, que no se anticipe blindándose ante lo que molesta, porque esa incomodidad derivada del pensarnos no debiera en ningún caso confundirse con la sensación insostenible de la *desesperanza*. No hay transformación que no comience con desazón ante la interrupción de lo que consideramos habitual o costumbre. La desesperanza es otra cosa, inmovilizadora y resignada se vale del miedo y se opone a que busquemos desempañar las lentes, entender anclajes, especular respuestas.

Como verá, mi propósito no es grande pero tampoco es pequeño, porque, más allá de una pretensión funcional, me gustaría *acompañar* reflexivamente a quienes, como usted, Sibila<sup>3</sup> como máscara les permitió despojarse de la propia, descubrirse en otros muchos llamativamente parecidos. Con este *acompañar* me refiero al gesto de sentirnos cerca y a la práctica de hablarnos y escucharnos, importunando la resignación y sin escabullirnos del dolor necesario para pensar y actuar, bajando del tiovivo de la rutina.

Porque *acompañar* también supone sabernos comunidad en lo que nos identifica, cuidando un lazo solidario. ¿Y se ha fijado que a nuestro alrededor hay metáforas y ejemplos que podrían ayudarnos a extrapolar e ilustrar mejor esta cuestión? Lo digo a la par que le prevengo de mi aparente divergencia al hablarle de un martilleo que sobre el tema viene a mi mente. Se trata de una investigación<sup>4</sup> reciente sobre pe-

3. Sibila es el nombre de la protagonista de mi libro *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital* (Anagrama, 2017). Como usted verá, en varios momentos de las cartas que siguen se alude a un documento llamado *Notas. Cartas a Sibila*. Se trata del diario de trabajo construido con las anotaciones, reflexiones y mensajes intercambiados con lectores de *El entusiasmo* identificados con Sibila en los últimos años.

4. Rachel Dale, Sylvain Palma-Jacinto, Sarah Marshall-Pescini y Friederike Range, *Wolves, but not dogs, are prosocial in a touch screen task*, PLOS One, 2019, <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0215444>.

rrros y lobos tan figuradamente alejada de nuestra conversación como lo estaría el relato sobre un canguro o sobre un topo, pero me pareció afinada la vinculación que se sugería en ella: que los perros han ido perdiendo «el sentido de la solidaridad» a medida que se han ido «domesticando». ¿No cree que hay en esta afirmación algo que nos resulta útil como analogía y como temor para los humanos? Tengo la impresión de que la domesticación y la solidaridad están profundamente relacionadas también en nuestro caso, y que no es casual que la ansiedad avivada por las economías de mercado favorezca una docilización del sujeto frente a poderes explícitos, la tecnología de un lado, y quienes tienen la posición y el dinero para contratarlos de otro. Tampoco es anecdótico que esto acontezca reforzando un individualismo necesariamente competitivo. De muchas maneras, la sumisión que implica sentirnos domesticados es posible porque se debilitan las formas de solidaridad entre nosotros.

Desde este acompañamiento y volviendo a los asuntos que están en el suelo de sus quejas y preguntas, observe cómo tratan sobre algo que podríamos describir como vidas y trabajos tan entreverados que nos cuesta diferenciar dónde empiezan y terminan. No me refiero solamente al hecho de que nuestro trabajo, al ser creativo, haya sido en algún momento también vocación y que no dejemos de ser escritoras cuando soñamos dormidas o cuando comemos. Me refiero a una cuestión de época, al empuje silencioso y persistente hacia formas que algunos han definido como *autoexplotación*. Empuje que pienso, e intentaré argumentarlo aquí, crece favorecido por la materialidad con que los cuerpos se entrelazan con la tecnología y por las nuevas versiones de la economía de mercado.

Tal vez entonces debamos comenzar acotando esta materia, advirtiendo que el trabajo para muchos sujetos del si-

glo XXI ha dejado de ser esa práctica tipificable y remunerada, fácilmente enunciable con una o dos palabras y definida de manera concreta como algo susceptible de formar parte de un contrato. El trabajo en una cultura-red capitalista se está convirtiendo en una *práctica de prácticas* indefinidas que trascienden aquella actividad central que buscaba disciplinarnos y describirnos socialmente («¿qué eres?»), para en su lugar *derramarse* y desbordarnos. Hoy el trabajo se hace de una lluvia de tareas mediadas por tecnología y tejidas con comunicación y números, actividades dispersas que van cambiando y que combinan gestiones que se describen con los lenguajes afectivos de la nueva cultura, ya sabe, *ansiedad, contingencia y precariedad*, expandiéndose líquidas de forma que el trabajo no siempre lo parece.

Las inscritas en los marcos de trabajo creativo e intelectual, donde usted y yo nos movemos, conllevan además tareas relacionadas con la visibilidad y la autopromoción. Siendo ambiguas en su definición y pago, son claras en tener al sujeto creativo como protagonista. Sujetos que tienen la sensación de estar todo el día ocupados con independencia de que logren avanzar o no en sus trabajos. Paralelamente se aumentan las tareas de autogestión y administración y se normaliza la vigilancia tecnológica desde un hacer operacionalizado, archivado, contado y siempre evaluado.

Pero también con demasiada frecuencia los trabajos creativos llegan como colaboraciones en formatos livianos que se concatenan («participa, súmate, evalúa, únete, envía...»). Las lógicas del mercado animan a que todos hagamos y hablemos al mismo tiempo, a producir por defecto, proponiéndonos *más* entre nosotros mismos, contribuyendo a que la máquina nunca se enfríe. Aunque no está del todo claro, ¿qué incentiva al sujeto a seguir y aceptar, a implicar a otros, atando un favor y una deuda?, ¿qué suerte de agrado moviliza y qué miedo paraliza? ¿Qué novedad se esconde en esta presión

del sujeto a cargarse las espaldas, a sacrificar su tiempo por un *hacer* o quizá por un capital simbólico caduco?

Puestas a experimentar preguntas, pensemos en esa «aceptación por defecto» y en qué pasaría si *menos* tareas pudieran ser abordadas con *mayor profundidad*, menos apariencia y más sentido. Quizá entonces podríamos aportar algo valioso, sea lo que sea lo que las personas hagan. ¿De qué tenemos miedo? En sintonía con las aplicaciones tecnológicas que buscan la aceptación y el agrado, muchas personas aceptan porque de esa suma de colaboraciones depende su supervivencia laboral, pero en la mayoría de los casos se trata de un viento que empuja. ¿Qué pasa si usted y yo, dóciles, aceptamos por defecto y suministramos texto rápido, titular, producción precaria, *papers* al peso, atención contabilizada, clases sin vida, impostura, porque todos lo hacen, porque confusamente sentimos que «no podemos frenar»? Al sistema económico le beneficia, pero no al valor y sentido de lo que hacemos. Si esa rueda gira, el mundo seguirá replicándose, pasando por el mismo surco como la aguja de un tocadiscos estropeado. Evidenciando que al sistema no le preocupa ese sentido sino su *espejismo*, garantizando la actividad de la maquinaria, el uso, las ganancias desiguales de una obra tan precaria como el trabajo que la genera.

A mí me parece que si todas las personas precarias que conozco, pero también todas las no precarias que de diferentes formas colaboramos en la precarización de otros, si todas las que tuvieron el deseo de trabajar con sentido sin convertir su vida en una competición, si pudieran dedicar sus tiempos a las investigaciones, clases, obras y proyectos que las movilizan, sin que su desglose burocrático, despliegue preparatorio, duplicación acomplejada, contrato precario, silencio administrativo o anuncio impostado ocupen la totalidad de sus vidas, ¿cuántos descubrimientos habríamos tenido, cuánta producción valiosa frente a los sucedáneos de obras rápidas y vacías

que se amontonan?, ¿cuánta ansiedad aliviada? Si hubieran reunido todas sus lecturas e ideas, todo lo reflexionado sobre igualdad, salud, clima, alimentación, virus, migración, fronteras, enfermedad o política, dando a su tiempo el mejor empleo posible, frente al que ahora llenan de pose y fingimiento, ¿se imagina? Es una mera especulación, pero ¿no cree que la época no puede aguantar más sobreproducción ligera, más residuo y práctica caduca, más abaratamiento sostenido en la esclavitud de la invisible y clasista producción primera, más fragmentación y exceso, más desplazamiento contaminante, más entretenimiento en la impostura perdiendo intimidad y vida política?

Con afecto, R.

«LA VIDA EN ELLO» (IRRACIONALIDADES DEL *HACER*)

La vida humana, distinta de su existencia jurídica, y tal como tiene lugar, de hecho, sobre un globo aislado en el espacio celeste, en cualquier momento y lugar, no puede quedar, en ningún caso, limitada a los sistemas que se le asignan en las concepciones racionales. El inmenso trabajo de abandono, de desbordamiento y de tempestad que la constituye podría ser expresado diciendo que la vida humana no comienza más que con la quiebra de tales sistemas.

GEORGES Bataille,  
*La parte maldita*

Querida amiga:

Moriré cruzando un paso de peatones. Será a las siete menos ocho minutos de la tarde de un viernes o un sábado, entre la estación de autobuses de Córdoba y la de trenes. El autobús siempre llega tarde y a su entrada se ralentiza vaive-

neándose al intentar enhebrar su mole en la justísima dárse-na del andén veintidós. Alguna memorable vez ha entrado a las seis y media, pero lo habitual es que lo haga pasadas las siete menos cuarto. El insignificante margen entre su llegada y la salida del tren que me lleva a casa, que sale puntualmente a las siete menos seis minutos, y se detiene en la estación apenas trescientos impecables segundos de aliento, terminará por matarme. Lo sé. Es una cuestión numérica, tan concreta como la que se dirime en esos problemas de física que buscan predecir en qué momento se cruzarán dos trenes que salen de A y de B a una velocidad determinada. Mi muerte será también matemática.

Sé que es un riesgo comprar con antelación el billete para este tren si dependes de la llegada de ese autobús que pasa zigzagueando por todos los pueblos entre origen y destino y que cada día está expuesto a múltiples retrasos. Suelo comprarlo por teléfono cuando ya estoy dentro del autobús a mitad de camino. Hago cálculos estimatorios valorando quién conduce ese día, el número de pasajeros o el clima. Los hago solo para sentirme falsamente activa en el asunto, pues sé que voy a intentarlo de todas maneras.

Hay además otras razones no numéricas que me llevan a sospechar que moriré en ese pequeño tramo que le digo. Corro casi sin ver, y lo prefiero a la vergüenza de aceptar que lo he vuelto a hacer, que he vuelto a comprar ese billete sin apenas margen. Y esta es la razón que rezará en el epitafio después de mi posible atropellamiento: «Lo hizo sabiendo que había otro tren a las siete y media.» No suavizará mi sentencia jurar ahora que no volveré a poner en riesgo mi vida cruzando temeraria ese paso de peatones con los coches que vuelven a casa del trabajo o de la compra, enfilados y rugiendo con la agresividad del cansado y preparados para embestir. Siempre me prometo que no volveré a hacerlo, pero claramente me miento.



Un par de veces he perdido el tren habiendo comprado el billete y se me han saltado las lágrimas. No debiera ser para tanto, pero me costaría explicar a quien se sorprenda de que llore que esto suele ocurrir en viernes o en sábado y que el lunes previo pasé varias horas en otro tren a la ciudad X (le digo X aunque podría ser Y o Z), viajaba para una reunión de trabajo el lunes y para un seminario de varias horas el martes. Al finalizarlos regresé también en tren, acomodándome como en la ida en el primer asiento de ventana del vagón-silencio, con la normalidad con la que algunos se sientan en sus mullidos sillones frente a la tele. En ambos trayectos anduve conectada todo el tiempo, avanzando en trámites administrativos, buscando concentrarme en una entrega comprometida y contestando mensajes pendientes. Es probable que a gran parte de estas tareas hubiera podido decir que no, pero no lo hice. También es posible que no pudiera y que solo lo piense para sentirme más libre y siempre productiva tal como me alientan. El miércoles me esperaban gestiones en el banco –poca cosa, sellar impresos para poder cobrar lo adelantado en el viaje–, pero me quedé bloqueada en la interfaz de la máquina que daba los números a la entrada porque olvidé la lupa y no paraba de confundir la O con la P, y la cola, con prisa y cuchicheos, aumentaba. Fue entonces cuando me faltó el aire. A veces me cuesta respirar y tengo que abrir la boca e inclinar un poco la cabeza hacia atrás. Tardé unos segundos en recuperar el aliento, los mismos que las personas de la cola en enseñarme su reloj. Opté por intentarlo otro día y me marché a la tienda de audífonos que hay en la misma calle. Allí esperé mi turno para que me devolvieran arreglado el que no funcionaba. Recuperar el sentido de algunas palabras me alegró y entristeció al mismo tiempo. Replegarme en mi mundo interior es algo que en cierta forma me relaja. La no comprensión de lo que me dicen me congela la sonrisa como si fuera boba y me desplaza de las conversaciones, pero también me ayuda a comprometer-

me menos con nuevos trabajos que no debiera aceptar. En cuanto tuve el audífono, me fui al campus de las afueras donde debía participar en un curso que comenzaba a las doce y media. Como buena entusiasta, salí por la tarde con tres propuestas para colaborar en una revista emergente, evaluar un par de artículos y dar una charla en una asociación vecinal. Llegué a casa al atardecer y hasta la madrugada anduve varias horas intentando actualizar una base de datos con los últimos méritos y evaluaciones, de los que saldrá un número útil quizá para alguna otra aplicación informática. Entre despleables e índices de impacto recordé con «cariño colosal» a quien diseñó la aplicación con letra gris sobre fondo blanco y me hizo leer con lupa cada palabra. El jueves a primera hora había acordado dos tutorías en el despacho y a las doce una cita con la rehabilitadora y el técnico para que pudieran valorar si cumplía cierto grado de sordoceguera y qué nueva lupa me viene mejor. Nada más terminar debía viajar a mi pueblo para acompañar a mis padres en su cita con el médico al día siguiente. Tomé un taxi hasta la estación, un tren a las tres y cuarenta y cinco hasta Córdoba, deambulé unos veinte minutos entre estaciones, cruzando el paso de peatones donde moriré, y a las cinco tomé el autobús que llega hacia las siete menos cuarto de la tarde a Zuheros. Allí no hay estación ni puesto identificable de información o venta de billetes, solo un banco con techado y un tablón con los horarios de autobuses junto a la llamada Casa Grande, lindando con las afueras. Las calles del pueblo son demasiado pequeñas para que el autobús pase y solo puede asomarse a esta zona, descargar pasajeros y dar marcha atrás para volver a salir. Nadie salvo los viejos y yo solemos coger este autobús, porque la mayoría de las personas que viajan tienen coches que rugen. Desde allí caminé por las calles oscuras pero memorizadas hasta la casa triste donde viven mis padres tristes con una adorable perrilla que noto que hace por ellos mucho más que yo y que cualquier otro ser humano. En la

casa callamos y hablamos con hartazgo y ternura de enfermedades que ya se han pasado y de las que ahora tienen. Enseguida se hizo de noche, pero siempre es de noche desde que llego a la casa familiar, y es curioso que siéndolo nunca logre dormir allí más de una hora seguida. El frío suele ser polar fuera y dentro de mi cuerpo, pero siempre amanece. Y amanece cuando el viernes por la mañana la taxista del pueblo nos lleva a la ciudad y nos deja en la puerta de las consultas externas del hospital provincial. Al terminar nos acercamos a comprar un móvil con cámara para que mis padres puedan verme al hablarnos, pero también enviarme fotos de cartas y radiografías que me evitarán algunos viajes. De vuelta, y conforme paso las horas del mediodía en la casa familiar esperando el último autobús que sale a las cinco menos cinco, me voy apagando, y durante un tiempo que quiero recordar como segundos el amor y la paciencia sucumben y deseo, sé que también ellos, que muramos todos al mismo tiempo. Cuando subo al autobús, voy recuperando cierta ilusión. La focalizo en el tiempo de escritura que me espera y pongo todo mi entusiasmo en la hora de llegada, en el regalo que será entrar en casa un poco antes. Tal como lo veo, tengo dos opciones: correr a mi salida para intentar subirme en el tren más rápido de las siete menos seis minutos o esperar y salir en el más lento de las siete y media. Llegar cuarenta y cinco minutos antes me permitiría tumbarme en el sofá por vez primera en lo que va de semana, apagar las luces y relajar los ojos antes de, por fin, poder leer y escribir un rato. ¿Lo entiende? En ese paso de peatones noto que mi vida no vale tanto como ese pequeño tiempo que me espera y que siento que da sentido a todo lo demás.

A menudo pienso que escribo y me esfuerzo por sacar horas a los días no tanto porque la vida me permita escribir, sino porque la vida «no» me anima a escribir y me lo dificulta

a cada rato. Pero, entre tantas cosas que no elijo, esta la deseo y en esos momentos noto que «me va la vida en ello». Y quizá porque me resulta difícil verbalizar lo que para mí supone esta expresión sin acudir a escenas concretas y porque en ella desemboco cuando me siento cercada por determinadas presiones cotidianas, pruebo ahora a deshilarla con usted porque quiero entenderla e intuyo que, no solo en las sintonías cómplices, sino más allá, usted quiere entenderme. Cuando me interpela por la esperanza que nos sujeta en nuestras vidas-trabajo, no puedo contestar dónde la encuentro, pero sí identificar lo que me ata a ella, incluso cuando parece esconder claves no claramente racionales. «Ir la vida en ello» no parece una expresión rigurosa ni literal, pero lo que la moviliza es profundamente sincero, pues todo goce afilado por una práctica busca repetirse, entrenarse, vivir en ella y en tanto *vivir* con sentido, no morir. Como si la vida nos fuera en ello.

Sabemos que esas prácticas creativas que a usted y a mí nos cogieron por las piernas y nos removieron el alma hasta desajustarla de su mundo anterior, no suelen protagonizar nuestros días. En su lugar, otras, para nosotras más prosaicas, pero para quienes nos contratan sostén de nuestra productividad, se encadenan como parte de nuestros trabajos pagados o como tareas derivadas de la vida contemporánea y de los cuidados. Aunque, bien mirado, no me negará que en la aceptación de estas prácticas que en muchos casos se nos presentan como elegibles también sentimos una variante *ansiosa* del «irnos la vida en ello». Entrenadas en la responsabilidad y el miedo, las vidas-trabajo que hemos configurado parecen, al mismo tiempo, ser fruto de nuestras elecciones asustadizas y ser impedimento para nuestras elecciones emancipadoras.

Es como si en las cosas que nos presionan encontráramos una obligatoriedad implícita y educada, algo que en su pronunciación rememora todas las escenas similares que en nuestra vida hemos presenciado y que culminan aceptando.

Se me hacen intensas las de las mujeres de mi familia respecto a la propia familia. Mujeres tan serviciales y sumisas que se subordinaban a la petición y el deseo de los otros (habitualmente padres, hijos y marido). Pero también escenas donde las personas, ante la petición de «más trabajo», sienten que no pueden negarse, por muy duros que sean o a destiempo que estas propuestas lleguen.

Puede entonces que ese agachar la cabeza sea una tendencia servil de una educación como mujeres en contextos humildes, una perfecta combinación de docilidad y agrado que nos lleva, cuando no hay premeditado freno o límite, a aceptar y agrandar las espaldas. Usted con seguridad tendrá sus propios ejemplos, sus propias presiones.

Mirando la historia cultural cercana y pasada es fácil advertir que las mujeres han estado privadas de ventaja política, que nuestra historia libre es corta, y que ese techo o muro que las limitaba iba acompañado de una supremacía moral que estaba en el centro de los clichés de sumisión y del mantenimiento de pagos simbólicos en lo que hacían. Así, en tanto se dificultaba la conciencia política, el pago inmaterial se aceptaba como pago *suficiente*. ¿Quién duda de que en la configuración de nuestra idea de futuro y esperanza puede actuar el miedo educado en función del género y la clase social?

La filosofía ha teorizado largamente las relaciones entre amos y esclavos desde el momento mismo en que las personas que se presentan y encuentran *se miran* y unas sienten tener más cosas que perder que otras. Hegel<sup>5</sup> sugiere que quien

5. Pienso en Hegel en su *Fenomenología del espíritu*, cuando al referirse a la dialéctica entre amo y esclavo (antes de serlos) se busca el reconocimiento del otro, de manera que la primacía entre dos iguales pone el acento en cómo quien tiene miedo a la muerte se convierte en esclavo y quien desprecia su propia muerte se convierte en el amo. G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, FCE, México, 2017.

tiene miedo a la muerte tiende a convertirse en esclavo frente al que la desprecia, que termina dominando. De ahí que la suerte del esclavo en su sumisión, miedo y voluntad de agrado siempre le coloca sometido a quien nada teme, al menos hasta que más tarde llega «la conciencia desgarrada»,<sup>6</sup> pero entonces los protagonistas se han convertido en otros. Sería razonable pensar, bajo esta perspectiva, si quienes se construyen sintiendo que tienen a otros a su cargo se hacen más *vulnerables*, puesto que asumen que ante un riesgo tienen más vidas que perder. Habiéndose proyectado en las mujeres el cuidado de niños y ancianos, cabría pensar que ellas pudieran tener más miedo a la muerte por cuanto su vida ayudaba a proteger a los dependientes. Frente a ellas, aquellos que se hacen fuertes y *autónomos* sin dependencias explícitas serían menos frágiles, pues no tienen miedo a perder, como tampoco parecen tenerlo a morir. ¿No le parece que en la sumisión y el agrado del que ahora hablamos también habita un miedo a que a uno le hagan daño, en cuerpo propio o en los de las personas dependientes?

En diversas leyendas y relatos de distintas culturas, pero también en imaginarios fílmicos y literarios recientes, suele posicionarse al que está dispuesto a morir como el líder o el héroe. El ímpetu bélico, pero en la cultura occidental también el valor *cristiano* de quien «está dispuesto a dar la vida», lleva tiempo posicionándose como cualidad de idealización y autoridad. Sobre este asunto, recuerdo una novela de Stanisław Lem donde se habla de un grupo filosófico que para concluir los debates enquistados utilizaban un método llamativo, amenazando con suicidarse como señal de convicción extrema en lo que se defiende. Daban así máximo poder a lo ofrecido por el valor de aquello a lo que estaban dispuestos a renunciar. Claro que dicho gesto era fácilmente pervertible, por cuanto

6. *Ibidem*.

podía culminar dando la razón a quien menos aprecio tenía a su vida, pero puede sospechar que igualar una ofrenda de ese tipo, la propia vida, resultaba un gesto solo superable por otro similar y, en consecuencia, por el desencadenamiento de la guerra. Los resultados de quienes sin miedo a morir guerrear son de sobra conocidos, como también sus mitologías de idealizados héroes. No conocer el umbral de lo que se está dispuesto a hacer o a perder cuando el carácter de lo hecho parece no estar regido por la racionalidad resulta estremecedor.

Con materializaciones distintas advertimos tensiones similares como rasgo observado en diferentes grupos humanos. Quiero decir que no podemos dar por hecho que resulta algo propio de la cultura occidental, ni que son exclusivos los aquí dispuestos a la extenuación por no fallar o no fallarnos en lo interiorizado. Vienen a mi mente ejemplos de otras culturas que podríamos identificar como prácticas de autoexplotación en cuanto formas de *trabajo* que sobrecargan y a simple vista dañan, voluntaria e irracionalmente, al sujeto que las realiza. Reviso alguno de los ejemplos que se describen en la antropología política y económica al narrar comportamientos no regidos por la utilidad, los cálculos o la racionalidad, sino por fuerzas simbólicas y gasto que parece «improductivo». Como quien busca mantener o lograr un *nombre*, un prestigio, un crédito, o quien antepone un valor moral a una racionalidad económica o logro material.

En estos ejemplos que le refiero abundan estudios sobre sujetos y comunidades que buscan diferenciarse de otros o posicionarse frente a otros, no ya mediante claras estrategias de dominación, sino valiéndose de lógicas que evidencian «lo que están dispuestos a perder» desde el sacrificio, el derroche, la extenuación o la exhibición pública. El caso del *Ongka*<sup>7</sup>

7. *Ongka's Big Moka: The Kawelka of Papua New Guinea* es una película documental de los años setenta, que forma parte de la serie

de Papúa Nueva Guinea mostrado en un documental de los años setenta me parece, contextualizado desde su diferencia cultural y distancia, ilustrativo. En él se cuenta el ritual de un *big man* que debe acumular una importante cantidad de cerdos y bienes para presentar a través de un ceremonial *moka* a otra tribu. Los esfuerzos del protagonista y de su familia por realizar esta tarea los ponen al límite de la ruina, pero el hombre se mantiene firme en su propósito interiorizado como *obligación* extrema. Su entrega obsesiva al proyecto es explicada en términos de búsqueda de estatus y prestigio para su tribu y para él mismo, situando las ganancias simbólicas por encima de cualquier ganancia material, que en este caso parece no existir. Al contrario, su empeño está a punto de terminar con su salud y con sus posesiones.

El barro y los cerdos frente al cuarto propio conectado no pueden hacerle pasar por alto las sintonías que este ejemplo comparte con la autoexplotación que caracteriza al trabajador *creativo* contemporáneo. De un lado, lo que se identifica es la aparente irracionalidad de una práctica que daña la vida (ansiedad, pérdida material y de salud...). De otro, la manera en que opera una presión negativa. Una presión deducida de «no puedo dejar de hacerlo». Ambas cuestiones están presentes en las vidas-trabajo de la cultura actual. También en ellas, la negación y el rechazo pueden generar enemistades visibles, mala publicidad y tensión allí donde la vida contemporánea y conectada está constantemente sometida al escrutinio del escaparate público.

---

*Disappearing World* de Granada Television, que se desarrolló entre 1969 y 1993, y que contó con la asesoría del antropólogo Andrew Strathern. Se emitió por primera vez en el Reino Unido el 11 de diciembre de 1974, y posteriormente se emitió en los Estados Unidos en 1976. Véase <https://www.youtube.com/watch?v=6D8o0mHSKMk> (consultado: 28 de septiembre de 2019).



La mujer del *Ongka* lo tiene claro, y cuando le preguntan por qué se entrega también a la aparente locura del *moka* del marido dedicando su tiempo y energía, ella afirma: «Si no trabajase como trabajo, ¿qué no diría de mí la gente?» Cuando la coerción *material*, por distintas razones, no es posible en una sociedad, cabe pensar cómo actúan y se instauran formas de coerción moral por parte del grupo («dar la cara, hacerlo por honor, mantener un nombre, tener la conciencia tranquila»). No obstante, creo que existen otros matices añadidos, y quizá no le extrañe que en un sistema capitalista caracterizado justamente por la pérdida de *vínculo moral* en los intercambios que definen las transacciones entre las personas, esta presión esté siendo utilizada en aquellos ámbitos y sectores más precarios y feminizados, a cuya fuerza de trabajo se le puede sacar mayor partido con menos inversión, me refiero tanto al trabajo temporal y más vulnerable como al trabajo afectivo y de cuidados.

Sin embargo, estas ideas tratarían del «irnos la vida en ello» cuando sentimos que algo que importa se pone en juego en nuestro trabajo porque lo que proporciona es valioso para nuestra *vida social*, pero pasaría de puntillas por ese otro «enganche» a una práctica que nos apasiona con una intensidad íntima. Este otro caso que usted y yo experimentamos nos lleva a sentir que sin esa práctica la vida se vuelve apática y desapasionada. Por ello, a quienes nos dedicamos a la creación, cuando creamos pareciera que nos va la vida en ello. Y tal vez por esa sensación, cuando logramos disponer de un contexto para crear, notamos que la vida recupera un sentido que el resto del tiempo encontramos torpedeado e impedido.

Combinadas y movilizadas ambas inercias cuando hay una pasión creativa, ¿no cree que hoy nos sale al paso la presión del trabajo sumiso en el que hemos sido educados, generando la tensión de vivir una vida que no nos pertenece?

Como si nuestras pretensiones y deseos estuvieran desencajados respecto a lo que se espera de nosotros (repetir una vida obediente), sintiendo que cuando las cosas nos van bien es que hay un error en el sistema y que solo se explica porque debemos ser unos estafadores, tal como hace años se teorizó en el *síndrome del impostor*.<sup>8</sup> La vida sería mejor sin esa sensación que empuja a demostrar que uno ha superado la expectativa de vida sumisa (como mujer o como pobre), pero queriendo hacerlo se topa con la dificultad de las otras expectativas, las derivadas de la educación y el sacrificio —«quien estudia y se esfuerza logra sus propósitos»—, desencajadas de la vida laboral —«el trabajo ha mutado, no hay trabajo estable para todos, el nuevo trabajo es crudamente precario».

Con afecto, R.

LA ESPERANZA Y EL ASCENSOR SOCIAL («SALIR DE AQUÍ»  
O LA NOBLEZA DEL ADOLESCENTE)

A eso que está al otro lado de este cartel lo llamamos: el otro lado. A lo que está más cerca, lo llamamos Aquí. Y no, no existe la posibilidad de que todo sea una alucinación de quienes queremos irnos. Ese cartel existe y es mi lugar favorito (...). Está a las afueras y dice: Allí, 538 Kilómetros.

BLOW, citado en *Notas. Cartas a Sibila*

8. El término fue acuñado por las psicólogas clínicas Pauline Clance y Suzanne Imes en su artículo «The Impostor Phenomenon among High Achieving Women: Dynamics and Therapeutic Intervention», 1978, y en Suzanne A. Imes, «The Impostor Phenomenon in High Achieving Women: Dynamics and Therapeutic Intervention», 1978.

Querida amiga:

Usted y yo tenemos años contados en décadas, tantos como para notar, cada vez más a menudo, el cansancio de quien trabaja y envejece como si hubiéramos concentrado años en meses. A cambio, en muchas cosas mantenemos un espíritu adolescente. Quizá la más evidente sea el deseo renovado de escapar, de cambiar de aires, de trabajo, de vida cuando esta oprime. ¿Recuerda? Comenzamos a sentir algo similar hace tiempo, cuando soñábamos con salir del barrio, del pueblo o de la casa familiar.

Cuando yo era adolescente, dedicaba horas a pintar. Solía dibujar casas sin puertas ni ventanas. Las pintaba con carbocillo y óleo como bloques de piedra y tejado sin abertura alguna. Después las enseñaba a la familia, traduciendo en la imagen lo que por timidez o introversión era incapaz de verbalizar («mirad cómo me siento, mirad mi cárcel»). Cuando el cuadro volvía a mi habitación, dibujaba en aquellas herméticas casas una puerta y una ventana. Lo hacía con un lápiz duro que apenas dejaba rastro visible a media distancia, pero a poco que alguien lo observara de cerca lo apreciaría. Era mi esperanza hilvanada sobre la piedra, el trazo de un lápiz de grafito que apenas se sujetaba a la pintura de aceite. No es que la esperanza fuera pequeña y por ello no utilizara un pincel para fijar la puerta, es que una casa abierta no tiene nada significativo que contar, es lo que cabe esperar de una casa. Solo la ausencia podía hacer de boca y de grito en un pueblo pequeño al que solo llegaban algunos autobuses y donde solo había una pequeña iglesia y una pequeña pero grandiosa biblioteca. El lápiz dejaba claro, al menos a mí, que la piedra de la casa no podía con las ventanas de mi cabeza, que la salida proyectada era lo menos visible, pero en su estar en riesgo lo más importante.

La sensación de cárcel siempre estuvo presente en mi adolescencia. El miedo a que todo hacer libre en el pueblo

interfiriera en la vida familiar era un lazo muy tenso que terminaba por esconder a muchos en el desván, como si fueran mudos o estuvieran locos. «No salgas, no hagas, no vayas, cuidado con...» Aunque había veces que solo bastaba con reiterar la pregunta que nos desviaba del «quienes somos». Me refiero a esa que proyecta un futuro socialmente tranquilizador: «¿Qué queremos ser?» En su trampa la pregunta estaba seguida de un listado de respuestas que se repetían sugiriendo lo que de ti se esperaba. Las profesiones eran las que ya existían, las que organizaban los libros de una estantería, los muñecos de una juguetería o los personajes de las ficciones televisivas de moda. Raramente los niños ensayaban para estos trabajos indefinidos y desdibujados a los que en el ámbito creativo y cultural muchos se dedican ahora. Al menos, no quienes jugaban a esas cosas concretas a las que apuntaban hace años los trabajos posibles.

En cierta manera creo que no fue el modelo cercano que teníamos (y que en muchos casos operó más bien como rechazo a lo que «no queríamos ser»), sino la presión interna que nos animaba a esas prácticas creativas y para el mundo cercano «inútiles», pero que sin embargo sí se parecen a la multitud de tareas indefinidas que ahora hacemos y que curiosamente son bienvenidas para el capitalismo, manteniéndonos siempre activos. De hecho, el *modo artístico* parece haberse convertido en el patrón del nuevo modelo económico y de esas a las que nos referimos como formas de autoexplotación. Le dejo esta idea hilvanada para volver a ella más adelante.

Antes, preciso retomar esas preguntas sobre la proyección de futuro que se interiorizan y reiteran. Lo hacen desde que, impertinentes, nos golpean en la niñez, continúan en la adolescencia y se hacen obstinadas en la juventud cosméticamente ampliada de ahora. Cuando, por mucho que se estudie y trabaje, todos alrededor parecen esperar «un trabajo de veras», y se preguntan «¿era esto?». Ese trabajo que usted vis-

lumbra cuando habla de esperanza es un trabajo que ya tenía en mente de joven, y es difícil dibujarlo porque es inquieto y se mueve, pero de manera distinta a lo que ahora tiene. En lo esencial buscaría dotar de sentido su práctica, no se comería la vida, estaría bien pagado y respondería a una idea de justicia social. Pero, de haberlo verbalizado entonces, la habrían llamado «ingenua» o se habrían reído en su cara. No nos reímos nosotras y quizá lo escondimos para guardarlo del vapo-leo de quienes «no sueñan».

Creo que toda vida infantil y adolescente esconde la nobleza de imaginar el futuro como algo bueno no solo para uno mismo. Y confiando en ese futuro, también en la proyección de una vida libre que despierta y se proyecta en el trabajo, como vía para crecer y salir de un lugar que *aprieta*. Es tan sencillo y cardinal como la base de una educación pública, que el hijo de un pobre no esté sentenciado a seguir siendo pobre. Y cuando se logra, puede que la amenaza de *no volver*, de mantener lo que se ha logrado, también empuje a *no parar* ante el miedo a la reversibilidad de la marcha. Cier- to que las condiciones de ahora difieren de las de otras épocas, pero este fondo que le comento me parece que es propio de las personas en cualquier momento y lugar.

El alma se agita cuando se vive en periferias decrepitas, en pueblos que menguan o en algún sur del sur empobrecido, sintiendo con intensidad una molestia interior que lleva a peregrinar por los andenes, esperando que un autobús, un barco o un tren ayude en la escapada, que la escuela o la universidad tiren de quien se marcha y le permitan un anclaje para escapar y construir algo *propio* en otro sitio. Sería hermoso pensar que quienes lo logran podrán volver, pero habiendo vivido, pudiendo elegir. Siempre me ha interesado ese dilema subvertido en tres o más opciones: salir y marcharse definitivamente, irse temporalmente pero regresar en el futuro, o estar y no estar al mismo tiempo, ese ir y volver

de quienes no pueden marcharse del todo. En cualquiera de las situaciones se precisa un moverse y tomar distancia que permita ejercitar la libertad. Sobre ello quise especular en un libro de relatos que escribí hace años. Se titulaba *Lo mejor (no) es que te vayas* y trataba sobre mujeres y mundo rural. Incluso los mayores detractores del uso de paréntesis en un título estarán de acuerdo en que dicha sentencia precisa acotar y hacer pensativo ese «no» para que exista *libertad* en quien se queda, en quien opta por marcharse o en quien voluntariamente opta por vivir en el *tránsito* de estar y no estar al mismo tiempo.

La motivación para salir es que un trabajo espera en algún lugar después de años de formación. Un trabajo es la manera socialmente establecida que tiene el sujeto de escapar de un mundo sentenciado o miserable. Salir de la casa de los padres, del pueblo o del país, y para muchos hoy también del hambre o de la guerra, revolver la sentencia de repetirnos en lo mismo, nos agita y el trabajo parece la llave. Lo que abre, deseamos, una vida más autónoma.

Las personas proyectamos un *allí* que idealizamos y nos moviliza, a ese *allí* se va con la esperanza de la que usted me habla, pero sucumbimos a cada rato. Tal vez por ello no dejamos de dar vueltas a lo mismo y el camino se nos hace bucle entre trompicones y oscuridad. Los colores de *allí* han cambiado en épocas y culturas, pero hoy un niño solo tiene que encender una pantalla y mirar el mundo que otros viven, normalmente más arriba, más al norte. Porque desde hace tiempo, y más en el tiempo capitalista, el abajo acoge a quienes más deseo acumulan de *salir*. La mirada global del deseo del pobre está fuertemente desacompañada de la política local del rico. Pero el mundo antes fue distinto y con seguridad lo será en el futuro. Los abuelos y nietos de los que cierran fronteras migraron o lo harán. Las historias de los seres humanos se construyen sobre movimientos de personas

que *escapan* o *buscan*. Solo la carencia (trabajo, seguridad, clima...) cambia con el tiempo.

Con un ¡oh! superlativo imaginamos quedar asombrados al ver materialmente lo que *existe* allí, donde todo parece más hermoso y hay mayores dosis de autonomía, ¿cómo no «imaginarnos como ellos» encendiendo el deseo de escapar? No sorprende que las migraciones se hayan activado con las pantallas, no solo por un «huir de» sino por un «llegar a», como imprescindible intento de vida mejorada. La educación siempre ha sido un motor, pero la pantalla es ya el mayor estímulo. Ver otros estilos de vida vinculados a un lugar activa el deseo de *salir* y encontrarlos como oportunidad de nueva vida.

Quien quiere *escapar* lleva un adolescente dentro. Porque de adolescentes la vida está construida con un *mañana*, muy probablemente acompañado de una banda sonora que enciende los sueños de futuro, con gente aún indefinida y proyectos motivadores. Una imagen que va cambiando conforme llenamos la vida de experiencia e imaginario, escuchamos otras músicas, encontramos a otras personas o leemos otros libros.

El proyecto de escapar desde que somos jóvenes moviliza la *esperanza*. Escapar supone salir de un estado de malestar *opresivo* a otro tipo de malestar *propositivo* que conlleva incertidumbre, ¿y ahora qué? Hay personas que se orientan a este propósito toda su vida. Y no sé cómo lo verá usted, pero últimamente, en sintonía con los trabajos fragmentados y temporales que proliferan, la forma de construir la escapada implica comenzar a cada rato nuevos caminos, transitar por ideas que no germinan ni maduran, llenar la vida de comienzos de historias no claramente elegidos, viviendo como en un «entretanto».

No es minucioso lo que nos mueve en la vida, es un ímpetu que funciona como germen de otras motivaciones, larvas de proyectos que hoy se engarzan con un sistema económico al que le viene muy bien esta tendencia a «comenzar cosas». Un sistema que saca partido a lo contingente, que lo

incentiva incluso, donde todo dura poco para de nuevo ensayar otro inicio, habitualmente a través de algún producto o servicio que implique comprar, consumir o calentar la máquina. No extraña que categorías como *contingencia* y *precariedad* estén implícitas en la mayoría de las prácticas laborales contemporáneas, porque lo están en el sustrato que alimenta un estado normalizado de ansiedad y retorno.

Y ciertamente es indefinido, me refiero al momento en que los sueños de emancipación derivados de la educación y de las expectativas propias y ajenas empiezan a torcerse. Ahora en la indefinición se dan cita las historias personales en combinación con las fuerzas neoliberales que atraviesan actividad y época. Cuando los trabajos temporales que enlazan formación a vida adulta y trabajo remunerado comienzan a ser lo habitual y la ilusión de emanciparse se desvanece o se aplaza, es previsible que el sujeto se frustre, que la confianza decaiga. Puede que incluso se piensen formas de descrédito o hasta de *venganza* frente al sistema educativo que auspicia este desencanto. Pero también frente a la sociedad, por haber alimentado la expectativa mientras se seguían las reglas para toparse a cada rato con la pared y la trampa de estar siendo engañados.

No encontrar la puerta que permite seguir hacia una *buena vida* es experimentado como injusticia cuando se pone en ello nuestra pasión y crédito, generando dolor, falta de suelo y cuestionamiento de normas. No debe extrañarle. Si en una comunidad se educa para asentar determinados valores y para promover maneras de enlazar trabajo y emancipación, ¿qué pasa cuando se descubre la impostura del acuerdo, cuando advertimos que no hay oportunidades para todos y que solo unos pocos podrán trabajar con garantías y estabilidad? El adolescente que llevamos dentro corre el riesgo de envilecerse, especialmente si la sociedad no le explica lo que pasa, si da por hecho que las cosas funcionan injustamente sin hablarlo con ellos; sin *disculpase* y razonar la dificultad y



las alternativas que la sociedad está trabajando. ¿Qué se está haciendo para enfrentar ese lastre? La nobleza sin coraza del adolescente enseguida se endurece y cae como molde a medida en el individualismo competitivo. Un engranaje perfecto para que nada importante cambie.

Sin embargo, de una forma que intentaré desgranar en otras cartas, esta nobleza me parece valiosa si hablamos de esperanza. Lo es cuando no es instrumentalizada por el sistema para mantenernos sumisamente activos, sino cuando se trata a las personas como seres inteligentes capaces de afrontar un futuro complejo sin necesidad de falsearlo. Porque, conscientes de la dificultad, necesitamos creer que será posible aquello que se sueña o desea de manera *justa* y sin dañar a los otros, sin que su logro suponga el fracaso de los otros. Y creo que esta nobleza que a menudo nos presentan como *debilidad* es algo que merece ser detenido y pensado, porque en ella aún creemos que las personas se ayudan y se equivocan, pero crean lazos de solidaridad como base política, que su voluntad puede ser una voluntad *buen*a.

Con afecto, R.

### *Futuro y revancha. La explicación necesaria*

Querida amiga:

Usted dice que le duele cuando hablo de «futuro postergado», que no tiene por qué ser un mecanismo tramposo que favorezca la resignación. Y cierto que en el futuro proyectamos nuestra esperanza, pero en el aplazamiento por defecto se evita reconocer lo que está viciado, lo que duele afrontar. ¿Y cómo no señalarlo cuando nos descubrimos viviendo en una letanía de «cuandos» con la que autojustificamos no enfrentar la conciencia o la oportunidad de hacer con sentido? Hacer allí donde nunca se nos presentan condiciones de esta-

bilidad, sino planes boicoteados o maquillados que posponen nuestros proyectos (cuando logre ese trabajo, cuando tenga casa propia, cuando vuelva, cuando pierda peso, cuando mis hijos se marchen de casa, cuando me asiente...).

Doy unos pasos atrás y retomo que bajo la presión del nunca se dan las condiciones ideales, agarrarse al trabajo alienante puede ser algo previsible ante el miedo, no solo a no lograr avanzar sino a retornar al punto de partida. Pero no olvide que, si antes la movilidad ascendente era viable con sacrificio, ahora nos recuerdan a cada rato que la posibilidad de mejorar de vida no está garantizada y pareciera que el trabajo anduviera haciéndole un ovillo entre círculos de ansiedad. Trabajar más ya no es garantía de progreso o promoción, sino de mantenerse activo en la rueda. Sin embargo, ¿cómo privarnos de la oportunidad de imaginar un «trabajar distinto»?

Su pregunta «¿y la esperanza?» se me hace eco a cada rato, porque me inquieta que no la demos por imprescindible para quien sueña, aunque seamos críticos con las formas en que nos torpedeamos esos sueños. Sobre este asunto, pienso en el *principio esperanza*<sup>9</sup> de Bloch, cuando afirma que quien aspira a conseguir algo «vive hacia el futuro», donde habita lo que asusta y lo que se espera. Y reitero que algo se cierne sobre ella como motor de revancha o de parálisis si aparece la frustración después de cargarse de expectativa. Este asunto siempre nos frena como obstáculo que si no se afronta se agranda. ¿No cree que debiera ser hablado, explicado y abordado como forma de comprometer a la sociedad en un cambio?

Porque inevitablemente las personas se frustran cuando se sienten engañadas, cuando el sistema educativo y social esti-

9. Ernst Bloch, *El principio esperanza*, Aguilar, Madrid, 1977, pp. 26-27.

mula y después defrauda. El riesgo no puede pasarse por alto, pues implica cuestionar y denostar la educación pública donde suele alimentarse la expectativa para encontrarse después con un «sálvese quien pueda», o incluso un «vengarse», difamando dicho sistema. Una jugada perfecta para los poderes conservadores que se afanan en cuestionar lo público y los derechos ganados. Y claro que la clase económica parapetada y controladora del capital se guarda de, en este trance, no estar expuesta, alentando este cuestionamiento, alimentando la duda sobre lo obsoleto de los sistemas formativos cuando son públicos, reivindicando en las empresas tecnológicas el sostén de un modelo educativo más flexible y barato, más preparado para crisis y trabajos en casa, más liberal, convirtiendo la consigna «hazlo tú mismo» en «hazte tú mismo». Pero mienten quienes consideran que ese peso en el «uno mismo» no es más bien un «deja que te eduquemos nosotros». El riesgo se cierne sobre el más valioso corazón de las democracias avanzadas, la garantía de un sistema de educación universal y público no cedido al capital.

Como escenario y ante la dificultad de hacer convivir frustración y esperanza, la época y sus poderes e industrias –desde mecanismos de intervención simbólica y social que decoran como cuadros nuestros salones y cocinas– ofrecen, y con frecuencia aceptamos, sustituirlas por ansiolíticos y autoengaño. Así, cuando damos por perdido un sueño, decepcionándonos con el modelo social y público en el que confiábamos, el futuro corre el riesgo de enfrentarse con frivolidad, llevando a la parálisis, la desconfianza y el conformismo, a la claudicación ante el dejarse ser engranaje de la máquina y sujetos desapasionados, sujetos que fingen sonreír solo porque advierten que cerca hay una cámara, sujetos que «van a lo suyo».

Con afecto, R.